

nes, como por reforzar su ejército, hizo retirar de ellas las tropas que las guarnecian. Escribió en este conflicto al rey de España, pidiéndole tropas y dinero, mas respondió el monarca que no podia enviarle ni uno ni otro, y que tratase de ajustar las paces del mejor modo que pudiese. Los estados, que tambien deseaban avenencias, se aprovecharon del buen viento que entonces les soplabá. Exigieron de don Juan tres condiciones: primera que se conservase por su gobernador el archiduque: segunda que entrasen en el arreglo el duque de Anjou y el príncipe Juan Casimiro: tercera que don Juan de Austria les volviese la provincia de Limburgo, recientemente conquistada.

Amarga fué para don Juan esta exigencia de los estados, pues envolvía la separacion de su persona. Consultó en este conflicto con el príncipe Alejandro, y este hombre, á quien hemos visto últimamente tan belicoso, con tanta repugnancia á recibir la ley de los estados, aconsejó á don Juan que cediese á la necesidad sin obstinarse en luchar con obstáculos insuperables. Le hizo ver el aumento que recibian los recursos de los enemigos, mientras los suyos iban disminuyendo sin esperanzas de reparar las faltas, pues ya no podia contar con recibir mas fuerzas, ni con robustecer la fidelidad de los que le iban abandonando poco á poco. Hicieron fuerza á don Juan de Austria estas razones, mas no le decidieron á entrar en un convenio que tanto ofendia á su amor propio. Trató, pues, de reforzarse en cuanto sus medios alcanzasen, contando mucho con que el espíritu de discordia se apoderase al fin del campo enemigo, compuesto de elementos tan heterogéneos. Otra vez escribió al rey de España en petición de fuerzas y dinero, quejándose ágríamente del abandono en que se le tenia, que en lugar de enviarle los recursos de que necesitaba se le pagaba con buenas palabras, como si tuviera la habilidad de convertirlas en dinero; que en España no hacian mas que dar aliento á los rebeldes, cuyas proposiciones de

paz y de obediencia no eran mas que fingidas, hallándose resueltos en secreto á sacudir para siempre la autoridad del rey católico, etc.

No desconfió don Juan de hacerse al fin con medios de continuar la guerra. Para llevar adelante su determinacion, encargó á Serveloni la construccion de un nuevo fuerte, no lejos de Namur, bien auxiliado por la naturaleza, y que le sirviese de depósito de víveres y demas materiales de guerra, y al mismo tiempo de base de sus operaciones. Se aplicó á la obra Serveloni con toda actividad; mas antes de estar perfectamente concluida, cayó enfermo de mucha gravedad, y á poco tiempo se vió en el mismo estado don Juan de Austria, cuya salud acabó de destruirse, cuando mas ocupado estaba en sus proyectos militares.

Se hizo trasladar don Juan de Austria al fuerte, á pesar del estado imperfecto en que se hallaba. Allí cayó en cama, donde duró poco tiempo su existencia. Agravándose mas y mas su enfermedad, entregó en 21 de setiembre de 1578 el mando al príncipe de Parma, nombrándole gobernador de Flandes y capitán general de las tropas, mientras confirmaba la providencia ó determinaba otra cosa el rey de España. Dudó Alejandro si aceptaria un cargo tan espinoso en aquellas circunstancias, exponiéndose además á la nota de ambicioso, y sobre todo, al desaire que le podia dar el rey, revistiendo á otro de este cargo. Mas segun se explicó en sus cartas á su padre el duque Octavio, se decidió por fin á tomar tan grave peso sobre sus hombros, por sola la consideracion del estado lastimoso en que las cosas del rey se hallaban á la sazón en Flandes, pareciéndole que seria cobardía y hasta traicion á los intereses del monarca no admitir un puesto que no le ofrecia mas que disgustos y peligros.

Ya no daba esperanzas de vida don Juan de Austria. A muy pocos dias de haber entregado el mando al de Farnesio, recibió los sacramentos en su tienda; pues

tal nombre merecía el aposento que le dispusieron en el fuerte. A poco tiempo despues le sobrevino un terrible y furioso delirio, en que no hablaba mas que de campamentos, de guerra, de batallas, de asaltos, indicio claro de lo que pasaba en su alma, cuando bajo el peso de su enfermedad quedó postrado. A este estado de delirio siguió un desmayo de que no volvió, habiendo espirado el 28 del mismo mes de setiembre, á los 33 años no cumplidos de su edad.

Fué la muerte de don Juan de Austria un acontecimiento de suma importancia en Europa, tanto por el cargo que desempeñaba, como por lo famoso y esclarecido de su nombre. De las particulares de su nacimiento, educacion y reconocimiento por Felipe II, hemos ya hablado en su debido tiempo. (1)

No puede menos de elogiarse la conducta que tuvo el rey de España con don Juan, y lo dispuesto que estuvo siempre á colocarle en puestos, donde lucieron su capacidad y servicios distinguidos. Adoptó el pensamiento de Carlos V, de que siguiese don Juan la carrera de la Iglesia; mas hubo de ceder á la fuerte inclinacion que mostraba su hermano á la de las armas. Comenzó brillantemente esta carrera, como hemos visto, sujetando los moriscos de Granada, y poniendo término á una guerra tan desoladora. Se vió en un teatro mas brillante, mandando en jefe el armamento de la liga contra el turco, y puso un sello á su gran nombre militar con la gloriosa victoria de Lepante. En su campaña sucesiva no fué tan afortunado ni podia menos de descender, cuando tanto habia subido; pues en la historia de los hombres eminentes hay siempre un punto culminante que tiene que esceder á los otros en altura. Es cierto que el rey quedó descontento de la conducta de don Juan en Tunez, y que agravaron este disgusto y afectaron su suspicacia, los rumores que llegaron á sus oidos de que don Juan

(1) Capitulo XXIV.

intentaba hacerse rey con dicho título. Fué sin embargo bien recibido á su regreso en la córte del monarca; mas Felipe II no accedió á las pretensiones de don Juan, de obtener los honores y consideracion de infante ó príncipe de España. Remiso anduvo en nombrarle gobernador de Flandes, cuando la opinion le designaba para este puesto á la muerte de don Luis de Requesens, y es muy probable que en el ánimo del monarca se renovasen las sospechas de que don Juan trataba de hacerse independiente. Le mandó á Flandes sin ejército; aprobó sin dificultad los artículos de la confederacion de la liga de Gante, por los que debian salir del pais las tropas españolas. Es posible que obrase así por dejar mas aislado á don Juan; pero mas probable que fuese por contemporar entonces con la voluntad de los estados. En cuanto á la conducta de don Juan en Flandes no fué muy digna de elogio, por el carácter de duplicidad con que á los hombres imparciales se presenta. A poco tiempo de firmar la liga de Gante, se puso en hostilidad con los estados, encastillándose en Namur, y llamando en su auxilio á las tropas que acababan de salir de Flandes. Si le dieron motivo ó no los estados para semejante agresion, parece problemático para los hombres de buena fé. Mas todo se explica con la suposicion de que por ninguna de las dos partes habia sinceridad ni deseo de concordia. La campaña de don Juan en los Países-Bajos no puede compararse en brillo con las anteriores, pudiendo decirse que con motivo de su enfermedad ó por otras causas, se vió un poco eclipsado su nombre por el del príncipe Alejandro. Causa estrañeza que habiéndose quejado don Juan de las levas que se hacian en Italia de tropas del pais graduándolas de inútiles, insistiese despues tanto con el rey para que se le enviasen nuevas fuerzas. Mas todo se explica con el aspecto vario que presentaba aquella guerra, y con las animosidades á que el espíritu de ambicion y el deseo de ganar favor en la córte, daban origen. En cuanto al rey, crecieron sin duda sus sospe-

chas contra don Juan, despues de su presentacion en los Países-Bajos, dando pronto oido á los rumores de que su hermano trataba en secreto de casarse con la reina Isabel de Inglaterra, siendo uno de los capítulos la libertad de conciencia á los habitantes de los Países-Bajos. La muerte del secretario Juan de Escobedo, de que hablaremos en su lugar, confirma estas sospechas, ó por mejor decir, el enojo del rey con tal motivo. Causó una grave pesadumbre á don Juan la muerte de su secretario, y algunos la designan como la causa principal de su muerte tan temprana.

Que en virtud de la muerte de Escobedo se haya llegado á suponer que en el fallecimiento del príncipe intervino la agencia de un veneno, no puede parecer extraño, supuesta la gran facilidad de atribuir á causas de esta especie la muerte de los príncipes; mas son especies que solo como rumores pueden tener lugar en una historia.

Fué muy sentida la muerte de don Juan en el ejército, donde era muy querido, tanto por los jefes como por las tropas. Todos los historiadores convienen en decir que era afable, generoso, muy gentil y apuesto en su persona, espléndido en todas las ceremonias de aparato, tan humano con los amigos como valiente y esforzado en los campos de batalla. Se suscitaron disputas en el campo entre los españoles, los flamencos y los alemanes, sobre quiénes habian de llevar el féretro cuando se trató de sus exequias. Pretendian la preferencia los alemanes por ser don Juan nacido en su país: los españoles porque era súbdito del rey de España, y los flamencos por el sitio de su fallecimiento. Mas decidió la contienda el príncipe Alejandro, disponiendo que fuese sacado el cuerpo de la tienda por la gente de su casa y familia, y que le entregasen á los maestros de campo de la tropa cuyos cuarteles estuviesen mas cerca de su tienda, y que así fuese pasando de unos á otros, segun las distancias, al alojamiento. De esta manera fué conducido con toda solemnidad y pompa el cadáver, vestido de sus armas, con

corona en la cabeza, hasta Namur, marchando en escuadrones la caballería y la infantería. Iba el féretro en hombros de los maestros de campo y capitanes de la nación, cuyas tropas le seguian segun el orden con que se iban relevando durante el camino, como ya hemos dicho. Llevaban los cordones el conde de Mansfeld, maestro de campo general, Octavio Gonzaga, general de la caballería, Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, y Juan Croy, conde de Reulx. Cerraba la marcha el príncipe Farnesio, rodeado de los jefes y oficiales mas distinguidos del ejército. Así llegó la pompa fúnebre hasta la ciudad ya dicha, donde fué el cadáver recibido por los magistrados y llevado á la iglesia principal, en la que se celebraron los funerales con la solemnidad que á tan alto personaje se debía.

Para concluir con todo lo concerniente á don Juan de Austria, diremos que pidió antes de morir al rey tres gracias: primera que mirase por la persona de un hermano suyo, hijo de Bárbara Blomberg; prueba de que nunca habia llegado á sus oidos de que no era esta su madre verdadera: segunda de que favoreciese á las personas de su servidumbre: tercera de que fuesen depositados sus restos junto los de su padre Carlos V. Causó estrañeza que entre estas peticiones no hubiese ninguna relativa á dos hijas naturales suyas, llamadas Ana y Juana, habidas una en Nápoles de una dama de Sorrento, y otra en Madrid de Juana de Mendoza. Tal vez no quiso disgustar al rey con esta declaracion, ó quizás lo habia hecho antes de caer enfermo. Murió la una de prelada de las monjas benitas de Burgos: se casó la otra con el príncipe de Botero en el reino de Sicilia.

Accedió el rey á la peticion relativa á la traslacion de su cadáver. Mas para evitar los inconvenientes y los gastos de su conduccion de un modo público, luego que se redujo el cuerpo á esqueleto, se separaron los huesos por sus coyunturas y se les colocó así en una especie de arca ó de maleta, y de este modo fué conducido privada-

uente á España, donde por medio de alambres se volvieron á juntar los trozos separados. Despues se relleno de lana y se le revistió con un traje magnifico y el baston en la mano, poniéndole de cuerpo presente á los ojos de la córte y del público, que tributó homenaje de respeto y de dolor á los restos del capitan esclarecido. En esta disposicion y con toda solemnidad y pompa, fué depositado en el panteon destinado en el monasterio del Escorial á los infantes y demas individuos de la casa real, que no son ni reyes, ni reinas que han dado sucesion á la corona. En aquel sitio permanecen sus restos en el dia.

Dudó el rey de España si confirmaria ó no el nombramiento que don Juan de Austria hizo al morir de Alejandro de Parma para gobernador de los Países-Bajos. Hubo muchas dificultades, y no faltaron intrigas para que recayese el nombramiento en otro; mas el rey, sin tener en cuenta los motivos que le alegaban para alejar al príncipe de Flandes, le revistió al fin con el cargo de supremo gobernante: eleccion que, como veremos despues, fué la mas feliz y acertada de cuantas se habian hecho hasta entonces para aquel gobierno.

### CAPITULO XLVII.

Asuntos interiores de España.—Muerte de la reina doña Isabel de Valois.—Pasa el rey á cuartas nupcias con doña Ana de Austria.—Venida de la nueva reina á España.—Viajes del rey á Córdoba y Sevilla.—Muerte del Cardenal Espinosa.—Nacimiento del príncipe don Fernando.—Id. de don Carlos.—Id. de don Diego Felix.—Muerte de la princesa doña Juana.—Progresos de la obra del Escorial.—Formacion del archivo de Simancas.—Publicacion de la Biblia Regia en Flandes.—Muerte del Arzobispo don Bartolomé de Carranza.—Entrevista del rey en Guadalupe con el de Portugal, don Sebastian.—Nacimiento del príncipe don Felipe.

1568.—1578.

**S**i el monarca que dá el título á esta obra no hubiese sido mas que rey de España, pocas páginas llenaria en

la historia, que se alimenta por la mayor parte de guerras, de revoluciones, de trastornos, de cuantas vicisitudes se presentan con el carácter de violentas en la vida humana. Mientras eran en efecto teatro de convulsiones y revueltas, Francia, los Países-Bajos, Inglaterra y Escocia; mientras tantas batallas se daban casi á un mismo tiempo, ya en tierra ya en el seno de los mares, gozaba España de una tranquilidad no interrumpida, sin que se pudiese decir que la debiese al despliegue de la fuerza armada, ni á ninguno de otros medios de coaccion con que á falta de los morales se asegura el órden público y la obediencia de los pueblos. Se habian sofocado en los campos de Villalar los últimos alientos de libertad é independencia con que las comunidades de Castilla manifestaron al principio repugnancia declarada, y en seguida oposicion abierta á las arbitrariedades del monarca. Amoldados poco á poco los hombres á la sumision y á la obediencia, entusiasmados tal vez con la grandeza y poderío de sus reyes, veian en el trono una emanacion de la suprema voluntad de Dios, y en el gobierno absoluto la mas legitima de las autoridades. Tenian, pues, las instituciones un apoyo natural en la opinion, en los principios de los pueblos por ella gobernados, y no se podia considerar como yugo lo que no estaba en pugna con ninguna voluntad, lo que en nada chocaba con ninguna inteligencia. No podemos menos de suponer que tendria excepciones esta regla general; mas eran tan pocas, que apenas pueden entrar en cuenta cuando se examina la situacion política de una nacion como la España. Respetaban, pues, los españoles el trono de su rey, y para considerarle como un delegado, como un órgano de Dios, no necesitaban ninguna clase de violencia. La misma deferencia mostraban á las autoridades subalternas que de la primera emanaban; y si de la parte civil pasamos á la religiosa, veremos aún mas ciega la sumision, porque era mas elevado el origen de los sentimientos. Todas las instituciones religiosas, todas las asociaciones